

Homilía del padre Gianfranco Lunardon con motivo de la festividad de San Camilo
Roma, 14 de julio de 2026
Iglesia de la Magdalena, plaza de la Magdalena, 53, 00186, Roma

Bienvenidos a todos los que os habéis reunido aquí hoy en oración en torno a la figura de santidad de Camilo de Lellis.

En nombre de nuestro superior general, el P. Pedro Tramontin, y de los hermanos de esta comunidad camilliana de la «Maddalena», os invito a rezar por nuestra Orden camilliana: por el superior general, por los hermanos jóvenes en formación, por los hermanos mayores y enfermos, por los hermanos que se encuentran en un momento de incertidumbre vocacional, por los hermanos que viven la alegría de su consagración; por todos aquellos —hombres y mujeres— de la familia carismática camilliana que hoy se inspiran en el carisma de Camilo de Lellis.

Una invitación a rezar por todos los enfermos, por todos aquellos que, por ciencia, por conciencia o por razones del corazón, los cuidan.

El 14 de julio de 1614, Camilo de Lellis falleció, precisamente aquí, en la casa-convento de la *Maddalena*.

El recuerdo de su muerte —de su nacimiento al cielo— hoy podría ser una buena oportunidad para reflexionar sobre el antiguo ardor del carisma camiliano, otorgando nueva credibilidad al ministerio hospitalario y al apostolado doméstico de los «*padres de la buena muerte y del bello morir*», partiendo del estilo existencial con el que San Camilo vive y celebra su propia muerte.

La reciente restauración de los dos lienzos laterales del altar de la gloria de San Camilo ha puesto de relieve precisamente este detalle estructural: dos camilianos, con aspecto angelical, que, bajo la mirada del Fundador, asisten en la penumbra a dos moribundos —uno de ellos ya fallecido, a juzgar por su palidez cadavérica—. ¿Por qué nuestros padres, precisamente con motivo de la beatificación del santo en 1742 y su canonización (29 de junio de 1746), tomaron esta decisión de fijar a lo largo de los siglos la santidad del santo en esta forma específica —pero universal— de ministerio? Digo universal, ya que la muerte es la única «*realidad totalmente real*» de la vida... todo lo demás son solo «realidades posibles». ..

Nuestra tradición nos señala que, desde el principio de la fundación de la Orden, la piedad y el celo con que san Camilo y sus hermanos acompañaban a los agonizantes eran tales que hacían creer que la presencia del *Ministro de los Enfermos* junto al lecho del moribundo era un signo de predestinación. Así, el pueblo comenzó a llamarlos «*padres de la buena muerte y del bello morir*».

Por desgracia, durante mucho tiempo se ha evitado hablar de la muerte y del morir, quizá por haberse prestado una atención excesiva a estos temas en la época anterior, o por una silenciosa represión provocada por el embriagador progreso técnico-científico de la sociedad posindustrial. Teniendo en cuenta esta ambigüedad en la actitud del hombre contemporáneo ante este acontecimiento capital de nuestra vida, estoy cada vez más convencido de que la actitud que se adopta ante la muerte depende en gran parte —o en su totalidad— de la actitud que se adopta ante la vida.

Tomo, por ejemplo, la vida y la muerte de San Camilo. Es evidente que la experiencia del santo tuvo lugar en una época muy alejada de la nuestra, caracterizada culturalmente por otros

Homilía del padre Gianfranco Lunardon con motivo de la festividad de San Camilo
Roma, 14 de julio de 2026
Iglesia de la Magdalena, plaza de la Magdalena, 53, 00186, Roma

parámetros y valores. Pero tal vez sea precisamente esa distancia temporal y cultural la que nos ayude a redescubrir, o a consolidar, nuestro estilo de vida y, por tanto, también a vivir de forma responsable cuando llegue «*la hora de nuestra muerte*».

La muerte de San Camilo está narrada con detalle por su primer biógrafo y contemporáneo, el padre Sanzio Cikatelli, en el *Transito* de San Camilo. ¿Qué *rostro* de la muerte se manifiesta aquí? ¿De qué manera vive Camilo su muerte y su proceso de morir?

Llama la atención la *serenidad* que se desprende de todo el cuadro en el que se desarrolla el proceso de morir de Camilo. Y ello sin restar nada a la *seriedad* y al *carácter dramático* del acontecimiento.

La muerte se entiende como el paso —o transición— más importante de la vida. En Camilo hay plena conciencia de este aspecto. La dimensión dramática de la muerte surge de esta conciencia y se expresa como una tensión entre la intensa alegría que Camilo siente al pensar que pronto entrará en la vida eterna y la consideración de su propia indignidad para tal don, por lo que recurre únicamente a la misericordia de su Señor.

Otra tensión domina toda la escena: el *intenso deseo de estar para siempre con su Señor*, a quien ha servido aquí en la tierra a través de los pobres enfermos. Desde que los médicos le comunicaron la irreversibilidad de su enfermedad, todo en él es un anhelo y un deseo de apresurarse a alcanzar la meta. Y no por miedo a los sufrimientos que puedan acompañar su declive, sino únicamente por el deseo de «*ir a descansar al Cielo con Cristo*». Él, en la certeza de la vida eterna, es muy consciente de que la muerte no pone fin a la vida, sino que, por el contrario, la introduce finalmente en su plenitud.

Camilo no olvida ni descuida llevar a *cabo lo que ha sido su misión terrenal*: el servicio a los pobres enfermos mediante la fundación de una orden religiosa. De esta preocupación brotan las *palabras esenciales* que dirige a los hermanos que se encuentran junto a su lecho; así como la *carta testamento* que dirige a los hijos presentes y futuros —donde, a través de la manifestación de sus últimas voluntades, se resume el pensamiento, o mejor dicho, la pasión por los *pobres de nuestro Señor*, que lo dominó a lo largo de toda su vida—; y, por último, el *testamento espiritual* que revela las fibras más íntimas de su espiritualidad, y que él desea que sea enterrado junto con su cuerpo.

Pero quizás el aspecto que más impresiona al observador de hoy ante este magnífico cuadro es la *centralidad de la figura de Camilo moribundo*: de hecho, él es el único protagonista de todo el acontecimiento y gestiona de manera *absolutamente personal* su propia muerte. La fuerte personalidad de Camilo, forjada por el intenso compromiso con el cumplimiento de su misión, recibe en la muerte el toque definitivo que lo caracteriza, ya para siempre, como aquel que se ha entregado plenamente «*a los pobres enfermos de nuestro Señor*», o, lo que es lo mismo, «*entregado a servir al Señor Jesucristo en los pobres enfermos*». Este es, me parece, el aspecto que distingue la muerte de Camilo de la muerte y el morir del hombre de nuestro tiempo.

¿Qué figura de hombre surge de ese relato?

Homilía del padre Gianfranco Lunardon con motivo de la festividad de San Camilo
Roma, 14 de julio de 2026
Iglesia de la Magdalena, plaza de la Magdalena, 53, 00186, Roma

Camilo vive una profunda *vida interior*, como lo demuestran su oración, su deseo de «*recolegirse en sí mismo*» para asimilar el contenido del acto sacramental del viático y de la unción que ha recibido, y su convicción de la *esperanza en la vida futura*, donde estará *con Cristo* para siempre. Por eso es *libre para decidir* sobre sí mismo y sobre su muerte, para *entregarse* al amor misericordioso de Aquel de quien espera «*la llamada*», y por eso decide ampliamente sobre sí mismo en el «testamento».

La «carta testamento», además, junto con las palabras que dirige a los religiosos reunidos alrededor de su lecho, muestran al mismo tiempo el *cuidado que sigue teniendo por la obra que ha emprendido*, y el *don de sí mismo*, de su vida, que ha hecho a Dios y a los enfermos necesitados, esforzándose por que ese servicio perdure en el tiempo más allá de su muerte.

Esta forma de morir es el *fruto de todo un largo, doloroso y apasionado camino de vida*. La existencia de Camilo se desarrolló, tras una juventud enredada, descarriada y desorientada, con una coherencia extrema con lo que había intuido tras el momento que él denomina su conversión, el 2 de febrero de 1575: «*Como abatido por la luz divina, se dejó caer al suelo en medio de la calle. Allí, arrodillado sobre una piedra, comenzó, con un dolor inusual y lágrimas que brotaban de sus ojos, a llorar amargamente por la vida pasada [...] Perdona, Señor, perdona a este gran pecador. Concédeme al menos un espacio para la verdadera penitencia*».

Camilo dedicará el resto de su vida a comprender y llevar a cabo el designio que Dios tiene para él: servir a los enfermos necesitados; una existencia vivida en el amor apasionado al Cristo Crucificado, amado y servido en las personas que sufren; una existencia eminentemente *dialógica*, que se desarrolla, es decir, en un diálogo continuo con el Crucificado para que le ilumine a la hora de llevar adelante lo que el propio Cristo define como «*su obra*» y no la de Camilo; una existencia *totalmente abierta a la trascendencia* del Dios de Jesucristo y, por ello, abierta a la esperanza de la resurrección.

Son tres las líneas maestras en torno a las cuales se desarrolla la vida de Camilo y que iluminan el sentido de su muerte: la *certeza de la vida eterna*, que solo se abre plenamente tras la muerte. La muerte se interpreta así como un *paso*, momento supremo de la transformación del discípulo de Cristo iniciada con el Bautismo: «*En efecto, con él habéis sido sepultados en el bautismo, y en él también habéis resucitado de entre los muertos*» (Col 2,12).

En segundo lugar, toda la existencia de Camilo está marcada por los *diálogos con el Crucificado*, la Virgen María, san Miguel Arcángel y los santos. Él se tomó en serio la recomendación del apóstol: «*Sí, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba... pensad en las cosas de arriba, donde está Cristo*» (Col 3,1). La fe en la resurrección madura en el terreno del encuentro auténtico con Dios, del diálogo incesante con Él, con una vida orientada hacia esta relación íntima y personal con el Señor.

Por último, Camilo vive su vida con una actitud constante de *servicio amoroso a los pobres enfermos*. Vive totalmente descentrado de sí mismo, para estar totalmente «centrado» en Cristo, a quien ve en la persona que necesita cuidados y ternura. Es una actitud de *ex-stasis*, es decir, un

Homilía del padre Gianfranco Lunardon con motivo de la festividad de San Camilo
Roma, 14 de julio de 2026
Iglesia de la Magdalena, plaza de la Magdalena, 53, 00186, Roma

estar «fuera de sí mismo», no «preocupado» por sí mismo, sino totalmente volcado y atento a «lo ajeno a sí mismo». También en este caso Camilo se toma en serio la afirmación evangélica: «*Quien intente salvar su vida, la perderá; pero quien la pierda, la salvará*» (Lc 17,33).

Camilo, al morir, nos revela que el hombre alcanza su plena realización solo *autotranscendiéndose*, es decir, comprometiéndose con algo o con alguien distinto de sí mismo: si, por el contrario, uno se empeña en buscar directamente su propia realización, su propia felicidad, está condenado a no encontrarla jamás.

Este fue *el arte de vivir* de Camilo, que le preparó para su muy personal *arte de morir*. Es más, podemos decir que la muerte de Camilo es la expresión más plena de su *arte de vivir*